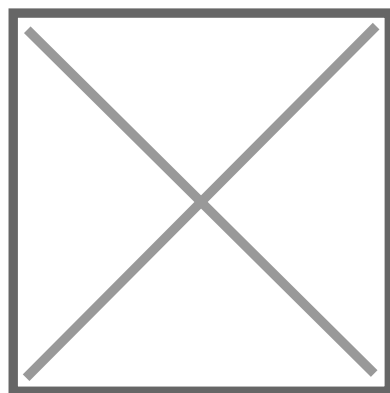




Una revista de poesía, crítica y reflexión.

35

ANTONIO GAMONEDA, LA CONSTANCIA DE LA AMISTAD

JORGE DÍAZ HERRERA*

Pocas veces he conocido una persona cuya obra poética y literaria respiren una atmósfera común. Antonio Gamoneda es uno de esos creadores cuya alta sensibilidad, humanísima sensibilidad, va cubriendo de ternura todo lo que toca. Una tarde, cuando retorné a Madrid, lo llamé por teléfono para saludarlo. Con un tono de brazos abiertos, de fraternidad a toda voz, me invitó de inmediato a cenar. "¡Horrible!", le dije, "no estoy en León sino en Madrid". "Pues te invito a cenar en Madrid", fue la eufórica respuesta. Y, tal como lo había anunciado, esa tarde descendió del tren que lo trajo de León, en compañía de María Ángeles, su gratísima esposa, y cenamos en un típico restaurante madrileño. Luego deambulamos por las calles bajo una tenue lluvia y reanunciamos una conversación fraternal sin fin.

Antonio Gamoneda es de esos seres sencillos, transparentes, llenos de bondad, cuya presencia inspira algo semejante a los paisajes nublados, tranquilos. Vive en la mansedad de la provincia de León, en la calle Dámaso Merino, a pocas cuadras de la incomparable catedral gótica, tan blanca, tan sencilla, que más que un edificio parece una forniculada por la fe de un artista perderable. Contemplando aquel templo imponente, le dije: "Te parece que si se aposentara un gorrion en cualquiera de sus ángulos, todo el edificio se vendría abajo". Antonio Gamoneda asintió con un movimiento de cabeza y palmeándose un hombro me

dijo: "Más que de piedra parece hecha de nube, ¿se lo ve tan frágil?". Efectivamente, la armoniosa catedral de León es un tanto arquitectónico, firme y resistente, pero a su vez da la impresión de ser de una fragilidad angelica.

He pasado algunas buenas temporadas en la casa de Antonio Gamoneda. Hay en ella, al igual que en su poesía, el suyo inconfundible de un ser nacido y crecido para y en la belleza. Casa serena, florecida. Mi primera madrugada en ella, salí del dormitorio con cierta prisa. Antonio me sorprendió con una advertencia: "No hagas ruido al caminar. Puedes interrumpir la conversación de mi madre con sus canarios". Efectivamente, doña Amelia, una venerable mujer, acomodando su ancianidad en un sillón, practicaba con el gorjeo de una jaula donde cantaban los canarios. Este hecho me conmovió. Salimos ambos en nuestras de pies y terminamos bebiendo unas tazas de manzanilla en el antiguo café, roto de madera, que permanecía como desafiando el tiempo al borde del camino de Santiago. Esa ruta por donde los peregrinos posaron hace siglos movidos por su fe y demarcando los países de Europa.

León, a dos horas de Madrid, en tren, es un paisaje tranquilo, a orillas del río, a cuya vera el roce de los pasajeros uno a los vemos en saludos y charlas que reflejan con nitidez el alma española de la ciudad.

* Femenil, setiembre.

Antonio Gamoneda trabaja en la biblioteca

11/10/10 21/10/10 22/10/10



Antonio Gamoneda, la constancia de la amistad [artículo] Jorge Díaz Herrera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Díaz Herrera, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Antonio Gamoneda, la constancia de la amistad [artículo] Jorge Díaz Herrera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile